

Nuestro tiempo para Dios

P. Carlos Avellaneda

Meditación para matrimonios culminando el año 2012

Buenas noches a todos. Culminamos este año de reflexión en nuestros grupos de matrimonios de la Merced con este encuentro donde reflexionaremos acerca de nuestra relación con Dios en la vida cotidiana.

El Jueves Santo habíamos planteado un tema que luego ustedes fueron desarrollando en los grupos durante el año. Reflexionamos sobre cómo nos influye el tiempo en que vivimos (la época) y también sobre la importancia de dedicar a cada cosa de la vida un tiempo particular. Vimos que somos hijos de un determinado tiempo ya que somos afectados por él y también que necesitamos aprender a dar un orden a nuestra vida dando un tiempo a cada cosa. Dijimos que se trata en el fondo de un orden afectivo, un orden de amores. Aprender a dar “un tiempo a cada cosa” y ordenarlas amorosamente nos traerá paz interior. Darme tiempo para mí; tiempo para nosotros como pareja; tiempo para los hijos y la familia; tiempo para trabajar; tiempo para los demás: padres, hermanos, amigos. Dedicar un tiempo a cada cosa es no sólo un orden práctico, sino afectivo y espiritual. Cuando no atendemos un aspecto de nuestra vida, dándole el tiempo necesario, no nos sentimos bien, en armonía.

Dijimos cómo, aun en medio de tiempos difíciles, podremos vivir con más paz si cuidamos y ordenamos nuestros amores. Porque la sensación de infelicidad surge de un corazón insatisfecho en el amor: amor de sí mismo y de los demás; y la experiencia de la paz brota cuando nuestros amores están cuidados y saludables.

En esta noche queremos abordar el último de los amores planteados en aquella charla del Jueves Santo y que no trabajamos en los grupos precisamente para abordarla y trabajarla hoy. Se trata de nuestro amor a Dios y el amor de Dios a nosotros. Hablaremos entonces de nuestro tiempo con Dios.

Obviamente Dios no debería ocupar solamente unos minutos del día en nuestra vida. Él es el Señor de nuestra vida. Él preside nuestra agenda porque es el Señor de nuestro corazón. Él es el amor primero que ordena y pacifica los demás amores y dedicaciones. Él debería ser el motivo y el

impulso de nuestra acción; el que modele el estilo de nuestra vida personal, matrimonial y familiar. La fe no es un compartimento pequeño y aislado de nuestra semana. La fe es algo que atraviesa todos los ámbitos y tiempos de nuestra vida imprimiéndoles una modalidad particular.

Sin embargo, como somos seres encarnados, nuestros amores –la pareja, los hijos, la familia, los amigos, la actividad profesional– requieren un tiempo dedicado. Si no dedico tiempo a los que digo amar, no los amo de verdad y además no recibo de ellos su amor. Lo mismo ocurre con nuestra relación con Dios. Necesitamos dedicar un tiempo propio en un lugar determinado a nuestra comunión con él. Allí entregamos nuestro ser al Señor y recibimos el suyo, ya que Él desea ser nuestro y nos quiere suyos. Si dedicamos ese tiempo y espacio a esta relación de reciprocidad y amistad con Dios, su amor podrá tomar nuestro corazón, podrá habitarnos, y así su presencia en nuestra vida será significativa y nos influirá en todo lo que hagamos. Viviremos como amigos de Dios en medio de los hombres, y eso se notará.

La vida de Dios y nuestra vida

Por experiencia sabemos que nuestra vida está involucrada con la vida de quienes amamos y que por eso nos interesan. Cuanto mayor sea nuestra capacidad de amar, seguramente nos sentiremos relacionados e involucrados con más personas. Desde ya que la vida de sus cónyuges, de sus hijos, de sus padres y sus amigos, lo que ocurra con ellos, lo que les pase y lo que vivan, de alguna manera, les ocurre a ustedes mismos. El amor a quienes amamos es fuente de alegría, angustia, preocupación, dolor o gozo. El amor nos acerca a los demás y aun cuando la vida de ellos no es nuestra, nos vemos afectados por lo que vivan quienes amamos.

Hay otros modos de involucrarnos con las demás personas: a) por *curiosidad*, y de allí surgen los chismes, la información televisiva y los comentarios en el ambiente de trabajo; b) por *interés*, y de allí que nos preocupe lo que pasa en nuestro país, en nuestro mundo, en nuestro municipio, etc.; c) por *afinidad*, y es así como el mundo de la música, de la ciencia, del arte, del deporte, lo hacemos nuestro y lo sentimos parte de nuestra vida; d) por *solidaridad*, y es así como nos hacemos cercanos con nuestro tiempo dedicado o nuestro dinero ofrecido para aliviar las necesidades de los pobres.

La vida de los demás se relaciona de muchas maneras con nuestra vida. Y cuánto más íntimo sea el amor que nos une a alguien, su vida formará parte de la nuestra. El que ama le dice a su pareja o a un hijo: “mi vida” y no exagera. El que amo es mi vida.

Sabemos y creemos lo que nos dice la Biblia acerca de Dios. “Dios es amor”, dice san Juan en su primera Carta (4,8.16). Su ser coincide con su amar. Dios es sólo amor. Por eso su Vida está íntimamente afectada por la nuestra, él está involucrado con nosotros de modo absoluto y total. Lo que le ocurre a cada una de sus creaturas, en particular, lo que vive cada ser humano afecta íntimamente a Dios. Nada más lejano a la imagen del Dios de la Biblia, la figura de un personaje superpoderoso y lejano que habita el cielo como lugar distante y desinteresado de la suerte de los hombres que habitamos el mundo. Al contrario, cada uno de nosotros está dentro del corazón de Dios. Día y noche él vela por nosotros, vibra con nosotros, se interesa por nosotros. Él nos conoce,

sabe de nuestros logros y de nuestros fracasos, de nuestros esfuerzos y de nuestros cansancios. Se ocupa de los más débiles y busca a quiénes se alejan y extravían. Él nos ama y perdona, nos alienta y corrige. Él espera mucho de nosotros y desea darnos mucho a cada uno.

La vida de Dios quedó para siempre afectada por la nuestra cuando decidió crear al hombre. Casi podríamos decir que la identidad de Dios de algún modo se modificó cuando surgió en el horizonte el primer hombre. Él ya no es sólo Dios, es el Dios de los hombres. Su nombre es el Dios de Israel, el Dios de Jesucristo, el Dios de los hombres. Ese genitivo “de” indica una pertenencia de amor que habla de una identidad. La identidad se construye a partir de nuestros amores. Yo soy lo que amo y mis amores me constituyen (en pastor, padre, madre, esposo, amigo, prójimo, etc.). Por eso soy de quien amo y de ese modo soy yo, siendo suyo: “tu” esposo, “tu” mujer, “tu” pastor, “tu” amigo, etc. Dios no es suyo en sentido egocéntrico, él es nuestro, es nuestro Dios. En muchos lugares del Antiguo Testamento él nos dice: “Yo seré tu Dios” (Génesis 17,7; Éxodo 6,7; 29,46; Números 10,10; Jeremías 7,23; 11,4; 30,22; 36,28). Su amor infinito lo desapropió hacia nosotros. Por eso su Vida está afectada por la nuestra. Es una afectación de amor.

Y como el que más ama más afectado está, Dios está infinitamente más pendiente de nosotros que nosotros de él, más cercano a nosotros que nosotros a él, más alegre por nosotros que nosotros por él y más triste por nosotros que nosotros por nuestra lejanía de él.

Nuestra vida forma íntimamente parte de la suya y nada ni nadie podrá apartarnos de su amor. La fe nos invita a creer y sostener esta convicción que tenía San Pablo cuando decía: “Tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 8,38-39).

“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo”, nos dice san Juan en el evangelio (3,16). Jesús, el Hijo de Dios –Dios Hijo– vino al mundo para entregarse por nosotros y nos llamó “amigos” (Juan 15,15), amigos por quienes él da su vida (15,13). Esto es lo que él quiere ser con nosotros y para nosotros: un amigo. Él se involucra como un amigo con su amigo y por eso espera de nosotros una reciprocidad equivalente, es decir, que podamos vivir como sus amigos.

¿Siento a Dios cerca de mí, involucrado con mi vida, preocupado con mi suerte, solidario con mis necesidades y afectado por lo que me pasa?

El silencio de Dios

Muchas veces sentimos a Dios ausente y silencioso en nuestra vida, todo lo contrario de lo que vengo diciendo; como si no estuviera, como si yo no le interesara, como si no reaccionara frente a lo que me ocurre. ¿Es indiferente Dios conmigo? ¿Y si no, por qué tanto silencio? A todos nos duele el silencio de Dios.

Nunca me voy a olvidar, el día que murió mi papá y lo velamos en casa, uno de los primeros en llegar aquella tarde fue un cura de Bs. As., que me apreciaba mucho. Recuerdo que al

llegar me saludó, hizo una oración frente a los restos de papá y luego se sentó en algún lugar de la casa. Como empezó a llegar mucha gente, toda mi familia y yo mismo entramos en una especie de ritmo acelerado de saludar, charlar, agradecer y despedir. Pasaron las horas, quedaron unos pocos, y en una vuelta que me doy por el jardín, ya bien de noche, allí encontré a aquél cura que había llegado temprano. Estaba solo, sentado y silencioso. Me encantó volver a haberlo después de varias horas donde muchos llegaron y se fueron. Entre tanto él permaneció aunque yo no lo hubiese notado por su discreción y silencio.

Recordando aquél episodio, puedo ahora reflexionar con ustedes y pensar que el silencio de Dios es su Ser, y su Ser es su Estar. Él es estando. El modo como Dios es y está es su silencio, no su bullicio. Antes que el mundo existiera, cuando sólo Dios era, sólo existía el silencio: el silencio de su Ser. Después de la creación, su Ser se convierte en Presencia ya que él es ante nosotros. Su amor lo involucra con nosotros y él está con cada uno, pero está presente más con su silencio que con su Palabra.

Por eso un modo de percibir que Dios está conmigo porque me ama y se afecta por mi vida, es haciendo silencio. Callándome exterior e interiormente podré percibir su presencia. Su presencia es precisamente su silencio. Como aquél sacerdote amigo se interesó por mí, vino a acompañarme y se quedó silencioso pero fiel durante tanto tiempo en casa, de modo semejante, Dios está a cada instante conmigo y no necesita hacerse notar. Él está y estará continuamente conmigo, pero en silencio. Su silencio es su respeto ante mi vida. Él no interviene toqueteando como un intruso mi vida, mi libertad, mi destino. Él no opina y comenta mi existencia, sólo la acompaña. Y él sabe que no puede vivir mi vida, que sólo yo debo hacerlo. Pero sabe también que necesitamos su compañía y por eso cada tanto nos da algún signo de que ésta con nosotros. Nos da algún signo, alguna señal. Será necesario que estemos atentos, interesados y predispuestos para percibirla.

Cuando sentimos que Dios no está en nuestras vidas y de esa sensación deducimos un montón de tonterías como que yo no le importo, como que se toma revancha y me castiga por algo que hice o simplemente que no existe, yo pienso que Dios se sonríe, calla y persevera a nuestro lado. Espera que hagamos silencio para que, difuminados tantos sentimientos, ruidos y gritos interiores, su Presencia amorosa emerja y se manifieste, silenciosa y fiel.

Una forma de amar, probablemente la más alta, es la de contemplar; es decir, hacer un amoroso silencio ante el otro: dejarlo ser ante mí. Dios nos deja ser ante él y es ante nosotros. Todo en silencio. Deberíamos agradecerle a Dios esa actitud amorosa y respetuosa, delicada y fiel.

Cuando Dios habla, lo hace por el mismo motivo que calla: por amor. El rompe su silencio para amarnos tal como lo hace cuando guarda silencio. No hay contradicción entre el silencio de Dios y su hablarnos, ambos son expresión de que nos ama. Y su Palabra nos lo dice, nos lo revela, nos lo hace cognoscible y comprensible. La Biblia nos habla de un Dios que nosotros –y en este momento me interesa decir ustedes– pueden comprender. Nos habla de un Dios que ama como Esposo y como Padre y Madre. Y de eso ustedes entienden. Gracias a su propia experiencia, ustedes pueden saber y sentir lo mismo que Dios siente por nosotros.

Avancemos entonces con esta revelación de Dios en primer lugar como Esposo.

Conyugalidad de la pareja y esponsalidad de Dios

Me gustaría ayudarlos ahora a que, a partir de la experiencia de ustedes como pareja esponsal, puedan meterse un poco dentro de los sentimientos amorosos de Dios para con nosotros, para con cada uno de nosotros.

Ustedes se aman con un amor por un lado *posesivo* y *apasionado*, un amor celoso y exclusivo. No quieren ser uno más en la vida del otro y excluyen a un tercero de la relación entre ustedes. Además se desean, necesitan sentirse deseados y sentir deseo por el otro. Con los mismos celos y la misma pasión, sólo que en el más alto grado, Dios nos mira y nos ama. Él quiere ser totalmente nuestro y nos quiere totalmente suyos. Con menos que todo nuestro corazón, Dios no se conforma. Él es celoso y nos quiere todo suyos porque ése es el único modo en que lo sentiremos a él totalmente nuestro.

Por otro lado ustedes se aman con otro estilo de amor; se aman con un amor *generoso* y *entregado*, altruista: capaz de dar, comprender y perdonar, y desde hace años ustedes viven uno para el otro. De modo semejante, y a la vez infinitamente mayor, Dios es generoso y entregado, misericordioso, tierno y compasivo. Prefiere dar su vida por nosotros que abandonarnos o aniquilarnos. Él vive para nosotros porque nos ama. A este estilo de amor lo llamamos *agapé*.

Profundicemos un poco más en el amor *erótico* y *agápico* de Dios.

Sabemos que el amor esponsal es un amor erótico, un amor de atracción apasionada, un amor celoso. Dice un santo de la iglesia oriental, San Macario, que “el *eros* divino ha hecho descender a Dios a la tierra”. Esto significa que el hecho de que Dios se haya sentido atraído por la humanidad a tal punto de hacerse hombre, nos muestra su amor erótico-nupcial por nosotros; su deseo de entablar una relación de exclusividad con nosotros. Dios es un Dios celoso, celoso de nuestra suerte y de nuestra respuesta hacia él. Él nos ama como únicos y quiere ocupar un lugar único en nuestro corazón, tal como lo desea un esposo o una esposa con su pareja. Nuestra vida no le es indiferente y no quiere ocupar un lugar intrascendente en la nuestra. Somos únicos para él, que también quiere ser único para nosotros. Recordemos las bellas palabras del *shemá*: “Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 5,4-5).

Nos dice la Biblia que el amor de Dios por su pueblo ha sido un amor de predilección: entre todas las naciones de la tierra, Dios eligió a Israel y lo amó, así como un esposo lo hace con su esposa: con pasión. Este amor suyo puede ser calificado sin duda como *eros*. Se trata de un amor celoso, porque Dios pretende vivir con su pueblo una relación de exclusiva y recíproca pertenencia (Éxodo 6,7; 20,2-5; 2 Samuel 7,24; Jeremías 11,4), es decir una *alianza*. Una alianza de amor que fue simbolizada por los profetas con la metáfora nupcial (Jeremías 3,20; Ezequiel 16,8; Oseas 2,21-22). Sabemos que esta alianza fue traicionada por Israel (Jeremías 32,33-35), por eso el pueblo será como una mujer infiel que deberá ser re-desposada. “Yo te desposaré para siempre, te desposaré en la justicia y el derecho, en el amor y la misericordia; te desposaré en la fidelidad, y tú conocerás al Señor” (Oseas 2,21-22).

Por todo esto podemos decir que la Biblia nos habla de la salvación como una obra de amor nupcial y de la conversión de los hombres como de estrenar una nueva relación con Dios, una relación de exclusividad amorosa: “Aquel día tú me llamarás: ‘Mi esposo’ ” (Oseas 2,18).

La encarnación del Hijo de Dios, el hecho de que se haya hecho hombre, significa que él ha venido a asumir el rol nupcial y cumplir así las promesas proféticas, celebrando una nueva alianza. Esta alianza será más *íntima*: grabada en el corazón (Jeremías 32,33); *duradera*: una alianza eterna (Jeremías 32,40; Baruc 2,35); y *comprometida*: sellada con sangre (Hebreos 13,20). Haciéndose hombre, Cristo, el segundo y último Adán (1 Corintios 15,47.45), podrá ser “una sola carne” con la Iglesia (Efesios 5,31-32) y reconocerla y amarla como su Cuerpo (Efesios 5,23).

Desde estas afirmaciones de la Biblia, entendemos que nuestra salvación es un “desposorio”, que el salvador es un “esposo” y que la humanidad salvada está llamada a ser una “esposa”. Pero la metáfora del amor erótico-nupcial se completa y enriquece con la del amor de *agapé*, el amor generoso, ya que se trata de un amor que perdona. Dice el papa Benedicto XVI:

El *eros* de Dios para con el hombre, como hemos dicho, es a la vez *agapé*. No sólo porque se da del todo gratuitamente, sin ningún mérito anterior, sino también porque es amor que perdona. Oseas, de modo particular, nos muestra la dimensión del *agapé* en el amor de Dios por el hombre, que va mucho más allá de la gratuidad. Israel ha cometido «adulterio», ha roto la Alianza; Dios debería juzgarlo y repudiarlo. Pero precisamente en esto se revela que Dios es Dios y no hombre: «¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel? [...]. Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím; que yo soy Dios y no hombre, santo en medio de ti» (Os 11, 8-9). El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor (*Deus Caritas Est*, 10).

En el amor de los esposos se da una sutil *danza de amor*, la danza entre *eros* y *agapé*: la posesión celosa y la donación generosa, la cercana intimidad y la respetuosa distancia. Sólo el amor de *agapé* hace verdadero al amor de *eros*, convirtiéndolo en una pasión no posesiva. Pero el *eros* enciende y anima al *agapé* y lo hace ardiente, lo hace amor nupcial. El auténtico amor esponsal no es tal sin pasión (y esto está vinculado a la condición corporal-sexuada de la persona), pero tampoco es tal sin ternura, misericordia y perdón. Dios está apasionado por nosotros, nos desea suyos, nos quiere para sí; pero también es misericordioso y fiel, a pesar de nuestras infidelidades y frialdades.

Además de ser Esposo de la humanidad y de nuestra alma, Dios es nuestro Padre y, podríamos decir, también es nuestra Madre. Veamos ahora esta doble imagen.

La paternidad de Dios y la nuestra

Hablemos de Dios como Padre. En el Antiguo Testamento, Dios es Padre del pueblo elegido, no de los individuos. Dios elige a un pueblo que tiene su historia y lo adopta como a su hijo. Lo llama su hijo primogénito, con todos los privilegios y responsabilidades del primogénito. Este pueblo será el Israel de Dios. Como hijo primogénito este pueblo es libre y por eso cuando cae en la esclavitud en Egipto, su Padre irá en su rescate, reclamando su libertad. Dios ejerce su paternidad a través de la figura de Moisés a quien le confía la misión de ser el rescatador humano, el conductor, el padre humano de Israel. Varios siglos después el pueblo se alejará de Dios, caerá en la infidelidad y, por eso, en el destierro y la esclavitud en Babilonia. Pero Dios permanecerá fiel a su paternidad y volverá a salvar a su hijo primogénito. Escuchemos este pasaje de Isaías donde Dios le habla a su hijo Israel dándole aliento en su destierro, mientras va en su rescate:

Y ahora, así habla el Señor, el que te creó, Jacob, el que te formó, Israel: No temas, porque yo te he redimido, te he llamado por tu nombre, tú me perteneces. Si cruzas por las aguas, yo estaré contigo, y los ríos no te anegarán; si caminas por el fuego, no te quemarás, y las llamas no te abrasarán. Porque yo soy el Señor, tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador. Yo entregué a Egipto por tu rescate, a Etiopía y Saba a cambio de ti. Porque tú eres de gran precio a mis ojos, porque eres valioso, y yo te amo, entrego hombres a cambio de ti y pueblos a cambio de tu vida. No temas, porque yo estoy contigo: traeré a tu descendencia desde Oriente y te reuniré desde Occidente. Yo diré al Norte: "¡Dámelo!", y al Sur: "¡No lo retengas, trae a mis hijos desde lejos y a mis hijas desde el extremo de la tierra: a todos los que son llamados con mi Nombre, a los que he creado para mi gloria, a los que yo mismo hice y formé!" (Isaías 43,1-7).

Además de rescatar a su hijo, el pueblo elegido, como padre, Dios lo educa. La educación del pueblo se cumple por un lado mediante la enseñanza de los mandamientos y preceptos. El libro de los Proverbios describe lo que un padre le dice a su hijo: "Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre y no rechaces la enseñanza de tu madre... Hijo mío, si recibes mis palabras y guardas contigo mis mandamientos... Hijo mío, no olvides mi enseñanza, y que tu corazón observe mis mandamientos" (1,8; 2,1; 3,1). Y también leemos en los Proverbios 4,1-6: "Escuchen, hijos, la instrucción de un padre, presten atención, para poder comprender: lo que yo les doy es una sana doctrina, no abandonen mi enseñanza. Yo también fui un hijo para mi padre, tierno y muy querido a los ojos de mi madre. Él me decía para instruirme: Que tu corazón retenga mis palabras, observa mis mandamientos y vivirás. Adquiere la sabiduría, adquiere la inteligencia, no olvides las palabras de mi boca ni te desvíes de ellas. No la abandones, y ella te protegerá, ámala, y ella te cuidará".

Pero además Dios Padre educa a Israel a través de las lecciones de la vida, de las pruebas, sufrimientos y adversidades de su historia, que son usadas por Dios como correctivos. En el libro del Deuteronomio 8,1-6 se alude a esta pedagogía paterna: "Pongan cuidado en practicar íntegramente el mandamiento que hoy les doy. Así ustedes vivirán, se multiplicarán y entrarán a tomar posesión de la tierra que el Señor prometió a sus padres con un juramento. Acuérdate del largo camino que el Señor, tu Dios, te hizo recorrer por el desierto durante esos cuarenta años. Allí él te afligió y te puso a prueba, para conocer el fondo de tu corazón y ver si eres capaz y no de

guardar sus mandamientos. Te afligió y te hizo sentir hambre, pero te dio a comer el maná, ese alimento que ni tú ni tus padres conocían, para enseñarte que el hombre no vive solamente de pan, sino de todo lo que sale de la boca del Señor. La ropa que llevabas puesta no se gastó, ni tampoco se hincharon tus pies durante esos cuarenta años. Reconoce que el Señor, tu Dios, te corrige como un padre a sus hijos. Observa los mandamientos del Señor, tu Dios; sigue sus caminos y témelo”.

De modo semejante, Dios que es nuestro Padre, nos aconseja por medio de sus mandamientos y enseñanzas que nosotros escuchamos y meditamos en la Biblia. Y también él está detrás de las pruebas de la vida, no provocándolas para molestarnos o mandándonos castigos por nuestros errores, sino buscando que a través de las circunstancias difíciles podamos aprender, corregirnos, cambiar, convertir nuestra vida.

En la dinámica del vínculo paterno de Dios con su hijo Israel entra también el pecado y el perdón. Dios siente dolor por la rebeldía de su hijo. Leemos en Isaías 1,2-4: “¡Escuchen, cielos! ¡Presta oído, tierra! porque habla el Señor: Yo crié hijos y los hice crecer, pero ellos se rebelaron contra mí. El buey conoce a su amo y el asno, el pesebre de su dueño; ¡pero Israel no me conoce, mi pueblo no tiene entendimiento! ¡Ay, nación pecadora, pueblo cargado de iniquidad, raza de malhechores, hijos pervertidos! ¡Han abandonado al Señor, han despreciado al Santo de Israel, se han vuelto atrás!”.

El profeta Jeremías tiene un pasaje muy parecido y muy tierno. Dice: “Yo había pensado: ¡Cómo quisiera contarte entre mis hijos y darte una tierra deliciosa, la herencia más hermosa de las naciones! Yo me había dicho: Tú me llamarás "Mi padre", y nunca dejarás de ir detrás de mí” (3,19). Son los sueños de un padre o una madre.

El alejamiento ingrato de Israel como un hijo que desconoce a su padre y lo rechaza no logra, sin embargo, distanciar a Dios; él siempre invitará a su hijo al regreso, su perdón siempre estará disponible. Sin embargo, esto no implica que el pueblo recapacite, se dé cuenta del error y se enmiende.

En el profeta Oseas, el amor paterno de Dios cobre rasgos maternales. Dice: “Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Pero cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí; ofrecían sacrificios a los Baales y quemaban incienso a los ídolos. ¡Y yo había enseñado a caminar a Efraím, lo tomaba por los brazos! Pero ellos no reconocieron que yo los cuidaba. Yo los atraía con lazos humanos, con ataduras de amor; era para ellos como los que alzan a una criatura contra sus mejillas, me inclinaba hacia él y le daba de comer” (11,1-4).

Y en el mismo libro, un poco más adelante, Dios parece luchar entre su ira y su ternura. Dice: “¿Cómo voy a abandonarte, Efraím? ¿Cómo voy a entregarte, Israel? ... Mi corazón se subleva contra mí y se enciende toda mi ternura: no daré libre curso al ardor de mi ira, no destruiré otra vez a Efraím. Porque yo soy Dios, no un hombre: soy el Santo en medio de ti, y no vendré con furor” (11,8).

Isaías se acerca aun más a la imagen maternal del amor de Dios Padre. “Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré” (49,15).

En el nuevo testamento, todos recordamos la parábola del hijo pródigo o del padre misericordioso. Él da la libertad al hijo menor para que tome la parte de su herencia y se aleje de la casa paterna, que haga su vida. El hijo se equivoca en su modo de vivir y pierde todo; entonces decide volver. El padre siempre esperó su regreso y cuando el chico vuelve, dice Lucas que “cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó” (15,20). “Conmovió” literalmente significa que se le movieron las entrañas. El padre tiene una reacción femenina, uterina, se conmueve su seno, sus entrañas. Se cumplen las palabras de Jeremías 31,20: “¿Es para mí Efraím un hijo querido o un niño mimado, para que cada vez que hablo de él, todavía lo recuerde vivamente? Por eso mis entrañas se estremecen por él, no puedo menos que compadecerme de él -oráculo del Señor-”.

La revelación de Dios como Padre en los evangelios llega a su punto máximo, porque Dios, siendo el Padre de su Hijo Amado, su Primogénito, es capaz de entregarlo como precio de nuestro rescate. La parábola de los viñadores homicidas nos habla de un Dios dispuesto a entregar a su Hijo para recuperar su viña, su pueblo (Mateo 21,33-39). Y el evangelio de san Juan lo dice explícitamente: “Dios amó tanto al mundo, que *entregó* a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna” (3,16). Si habíamos leído en Isaías que Dios le decía a su pueblo: “Yo entregué a Egipto por tu rescate, a Etiopía y Saba a cambio de ti”, ahora Dios entrega a su Hijo único para redimirnos.

Ustedes como padres están llamados a vivir todos estos sentimientos paternos-maternos de Dios en relación con sus hijos. ¿Cuánto le cuesta a Dios llevar a la humanidad a un destino de vida y no de muerte? Le costó dar lo que más amaba, a su propio Hijo. ¿Cuánto amor tendrán ustedes que dar a sus hijos para llevarlos hacia un destino de vida?: mucho amor, todo el amor y la paciencia del mundo. Esto no garantiza que sus hijos les “salgan bien”; y lo mismo le pasa a Dios. Por eso es muy difícil ser padres, y ustedes necesitan vivir esta misión estando muy unidos al Padre del Cielo, compartiendo las mismas tristezas y los mismos gozos de Dios. La experiencia gozosa y dolorosa de la paternidad de ustedes es un lugar muy especial para unirse a Dios que es Padre. Es allí, en la vida, en la crianza y acompañamiento de sus hijos, como ustedes pueden descubrir la paciencia y la fidelidad entrañable de Dios para con todos. La paternidad puede ser una experiencia mística para ustedes si los une desde sus entrañas a las entrañas misericordiosas de Dios.

Actividad grupal:

¿Cuáles son los momentos de mi vida en los que me siento abandonado/a por Dios? ¿Cuáles en los que me siento acompañado/a?

¿Cómo nos ha ayudado nuestra vida de fe en nuestra relación conyugal y en nuestra familia?